

SELECCION  
*Biblioteca Films*



*Noche de engaño*

AMADEO NAZZARI • DRIA PAOLA

Editorial **EL GAS**

Precio: **1'25** pesetas



# SELECCION BIBLIOTECA FILMS



FUNDADOR Y DIRECTOR:  
RAMÓN SALA VERDAQUER

B A R C E L O N A

AFAXTADO 707 — TELÉFONO 70637

Año II

Núm. 6

## Noche de engaño

Para ponernos de relieve uno de los muchos héroes que Italia tuvo en su guerra de la Independencia, se ha servido el autor, de una historia amorosa, con el fin de que la emoción del hecho, sea un tanto mitigada con la sentimentalidad, consiguiendo con ello un interés y una amenidad extraordinaria

Exclusiva E. D. I. C. I.

Rambla de Cataluña, 118

BARCELONA

### INTERPRETES:

Capatosta . . . . . AMADEO NAZZARI  
Julleta . . . . . DRIA PAOLA  
María . . . . . ELLI PARDO

# Selección BIBLIOTECA FILMS

Argumentos cinematográficos seleccionados  
con las canciones más populares.

- Núm. 1 — **A LA LIMA Y AL LIMON**  
por el genial "as" MIGUEL LIGERO.
- Núm. 2 — **LA PARRALA**  
creación de la gran artista  
MARUJA TOMAS  
con las canciones  
"¿QUÉ TE PASA TRINIA?"  
"LA PARRALA" y  
"LOS MARINEROS"
- Núm. 3 — **LA PETENERA**  
Juan Monfort y Maruja Tomás  
con la popular canción  
"DOLORES, LA PETENERA" y otras.
- Núm. 4 — **VERBENA**  
Amalia de Isaura y Maruja Tomás  
con las canciones  
"LA PARRALA" (en francés)  
"AY MI MADRID" y  
"MAZURCA"
- Núm. 5 — **ROSA DE AFRICA**  
por los famosos artistas  
RAFAEL MEDINA y MARUJA TOMAS  
intérpretes de las canciones  
"QUE DIOS TE AMPARE"  
"EL VIENTO SE LO LLEVÓ"  
"TE LO JURO YO"  
"AY, CHOMBERA"

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

# ARGUMENTO DE LA PELICULA

Novelada por Manuel Nieto Galán

## EL CONDE FRANCISCO MARIA DE ACUAVIVA

Eran tiempos difíciles para Italia. Media península se hallaba por el gobierno de los Borbones y los buenos patriotas luchaban calladamente por desembarazarse del extranjero y recuperar por completo la libertad de la patria.

Era inútil que las tropas borbónicas pretendieran apagar aquel fuego que permanecía encendido en todos los corazones de los buenos italianos y menos aun conseguir que unos cuantos hombres, encendidos de aquel amor patrio, dejaran de conspirar, en pequeños grupos, contra el gobierno de los Borbones.

Y aquella antorcha que había encendido el espíritu de Carlos Pisacane no se extinguía y uno de los trescientos de Sapri, evadido de la matanza, la había recogido.

Era Cayetano Morelli, llamado el «Capatosta», refugiado en las montañas de Irpinia, con un pequeño grupo de amigos, los cuales tenían en jaque a las tropas opresoras de su patria, esperando la hora de la liberación.

Tales habían sido las hazañas de «Capatosta» que toda la gendarmería tenía por principal misión la captura de él, a quienes querían hacer aparecer como un bandido desalmado, para crear un ambiente en contra suyo y evitar que diariamente se fueran sumando nuevos elementos de lucha.

Pero todos los esfuerzos de la gendarmería resultaban inútiles y en todas las poblaciones se solicitó la ayuda ciudadana, a cuyo efecto se publicó un bando que decía:

«Comandancia General de la Gendarmería del Reino de las dos Sicilias.

«Comprobado que desde hace cerca de un año, cierto Cayetano Morelli, llamado el «Capatosta», bate las montañas de la Irpinia, sembrando el odio contra la Autoridad, e instigando a la población a la revuelta,

«Por orden del Ministerio de Policía se hace saber:

«Todo ciudadano culpable de ocultar, encubrir o ayudar

al susodicho «Capatostax» será castigado con cinco años de cárcel y mil ducados de multa. Por el contrario, el que contribuya a su captura recibirá un premio de mil ducados.»

Pero ni este bando, ni la persecución continua de la gendarmería dieron resultado alguno, y «Capatostax» seguía siendo el dueño de aquellas montañas, desde donde pensaba dar principio a la gran cruzada que liberaría a su patria.

Era «Capatostax» un hombre que tendría unos treinta y cinco años. De tez morena y cabello enmarañado. Sus ojos, azules como el mar que bañaba las orillas de su patria, tenían un brillo penetrante y acerado que era difícil resistir. Su sonrisa era de una persona ajena a ningún mal pensamiento, y su cuerpo hercúleo inspiraba la certeza de su fuerza.

Acostumbrado a mandar, su voz era potente y firme, y con su bondad había conseguido conquistarse el cariño de cuantos le trataban. Para «Capatostax» sólo había dos amores en su vida: Primero, el de su patria, y después, el de Marieta, la bella hija de un mesonero, a quien pensaba hacer su esposa tan pronto terminase su misión de patriota.

Y en aquella empresa de liberar la nación, muchos nobles se habían arruinado, y otros también se encontraban en la ruina por las exigencias del nuevo Gobierno, que había ido apoderándose de fortunas.

Entre estos últimos se encontraba el conde Francisco María de Acuaviva, espíritu apocado, que se había entregado en manos de un notario de Avellino, quien se había dado mañas para hipotecar todos sus bienes, exigiéndole el pago o bien su consentimiento para casarse con Julieta, hermosa joven, hija del conde y que tuvo que renunciar al amor de un joven primo suyo para salvar a su familia de aquella ruina y acceder a ser la esposa del viejo y gotoso notario.

Para celebrar esta boda el conde y su hermana, vieja solterona de casi la misma edad que él, Julieta y su primo Felipe, el enamorado muchacho, que veía llegar el momento de su desdicha, sin poder hacer nada para salvar aquel amor, que hasta entonces había permanecido oculto a los ojos de sus tíos, se dirigían a casa del notario de Avellino.

En el pescante del coche iba Pedro el cochero y Julio, y en el interior los otros tres ocupantes, sufriendo todos los

inconvenientes que tenían aquellos tiempos los viajes por las malas carreteras que existían, y expuestos siempre a peligros ignorados.

La que más se quejaba del viaje era la hermana del conde que, mirando a uno y otro lado del paisaje, exclamó:

—Pero, ¿cuándo termina este tormento? A estas horas ya deberíamos haber llegado hace un buen rato... Pero fíjate un poco en el cuadro que nos rodea. Bosques a la derecha, bosques a la izquierda... Un verdadero paisaje para servir de escondite a bandoleros.

Su hermano la miró indignado. Durante todo el trayecto no había hecho otra cosa que protestar, y por eso le dijo:

—Deja tranquilos a los bandoleros... Es una verdadera manía la tuya. Donde no hay ningún bosque te lamentas, porque el paisaje es monótono... y cuando existe algún bosque, no ves más que bandoleros por todas partes... ¿No puedes tener un poco de calma?... ¡Bendita mujer!

—Sí, calma, calma—exclamó ella, que no había quien la hiciera callar—, eso pronto está dicho... Pero yo creo que lo más razonable, lo mejor de todo hubiera sido no exponer a las mujeres a estos peligros.

—Podías haberte quedado en casa—le respondió el conde, cada vez más molesto con las quejas de su hermana.

—No comprendes nada—insistió ella—. No pareces hermano mío siquiera.

El conde calló, porque sabía que era inútil seguir discutiendo con su hermana. A pesar de su buen carácter, de que era un hombre que muy difícilmente se excitaba por nada y que a todo le encontraba su motivo que lo justificase, con su hermana tenía momentos de verdadera desesperación. Era una continua discusión con ella por los motivos más triviales. Eran dos caracteres completamente opuestos. El suyo apacible, bondadoso, dispuesto siempre a ceder de su parte; el de su hermana era impulsivo, autoritario y de una aridez que a veces la hacía aparecer mala, sin serlo.

El conde muchas veces se detenía a pensar en esta forma de ser de su hermana y llegaba a la conclusión que todo su mal-genio procedía de lo mismo, el de no haber encontrado un hombre que quisiera hacerla su esposa. Aquella soltería

pesaba sobre la hermana del conde como una fatalidad inaguantable.

Habían recorrido apenas dos o tres kilómetros más, cuando de pronto se vieron sorprendidos con la presencia de una patrulla de gendarmes que vigilaban aquellos confornos. Iba mandándola el capitán de Rosa, hombre que no veía más allá de sus narices, aun cuando él se creía un linco.

Al ver el carruaje dió orden de que se detuviera, y se acercó a los que lo ocupaban preguntando:

—Un momento, señores. ¿Adónde se dirigen ustedes?

—Venimos de Benevento—respondió el sobrino del conde.

—Yo no he preguntado de dónde vienen—exclamó el capitán—. Pregunto que adónde van.

—Vamos a Avellino—dijo la hermana del conde, tomando parte inmediatamente en el interrogatorio.

—¿Qué es lo que ocurre, capitán?—preguntó el conde, extrañado de aquella detención.

—Perdonad—se excusó el capitán—. Debo solicitaros alguna información.

—Me tenéis a vuestras órdenes—le respondió el conde.

—Soy el conde Francisco María de Acuaviva.

—¿De Benevento?—preguntó el capitán.

—Precisamente. Mi hermana Elisa, mi hija Julieta y mi sobrino Felipe, estudiante, que nos acompaña hasta Avellino, para proseguir después hasta Nápoles.

—¿Y contáis con llegar esta misma noche a Avellino?—preguntó el oficial de gendarmes.

—Así lo espero—le dijo el conde—. Nos detendremos en la posada más cercana, y si los caballos no están demasiado cansados continuaremos por la tarde hasta Avellino.

El capitán movió la cabeza negativamente, se estiro de las puntas de los bigotes, cosa muy corriente en él cuando iba a decir algo de importancia, y exclamó:

—Yo os aconsejaría que no os detuvierais en ningún sitio y que continuarais el viaje sin parada alguna.

La hermana del conde pensó nuevamente en los bandoleros. Temía por ella, porque alguno de aquellos desalmados quisiera abusar de su inocencia, y exclamó asustada:

—¿Por qué? ¿Existe algún peligro?

—Un peligro no diré, «señoras».

—«Señorita»—se apresuró a rectificar la hermana del conde.

—Perdón, señorita. Pero en casa se está mucho mejor... Hoy vivimos en malos tiempos... Genios sin temor de Dios bate la campaña y amenaza a los viajeros. Son tiempos en los que hay que tener mucha precaución; toda precaución es poca.

—¿Lo ves, Francisco?... ¿Ves como tenía yo razón?—exclamó su hermana—. ¿No oyes lo que dice el capitán?

—No es cosa tampoco de impresionarse—siguió diciéndole el capitán para tranquilizarla.

—Claro que no—dijo el conde—. Además, teniendo en cuenta vuestra vigilancia, ¿qué peligro queréis que exista?

El capitán se irguió sobre la montura de su caballo. Aquel elogio del conde le llenaba de orgullo. El saber que había alguien que se confiaba a su custodia, que le consideraba capaz de protegerlo, era para él la mayor gloria que podía sentir, y por eso contestó, fingiendo una modestia que no sentía:

—Eso es justo... Nosotros hacemos todo lo posible, pero parece que ha abandonado el confin y se encuentra por esta parte...

—¿Quién?—preguntó el conde, al ver que se detenía el capitán.

—El «Capatosta»—terminó diciendo el oficial.

—¿El «Capatosta» aquí?—preguntó intranquilo el conde.

—¡Dios mío!—exclamó su hermana, sin querer intentar desmayarse en aquella ocasión, que no la encontraba ella muy a propósito.

—En efecto—siguió diciendo el capitán—. Precisamente aguardo a un informador que debe darme ciertas noticias y espero que podré pescar a ese bergante... Pero ya digo que no tenéis nada que temer... Nosotros vigilamos.

—¿Temer?—sonrió el conde—. Os aseguro que a nosotros podríamos quitarnos muy poca cosa.

Su hermana tosía para que el conde se callase y no diese más explicaciones al capitán, y fué ella la que continuó di-

ciéndole:

—No nos ha parecido prudente traer encima ni dinero, ni joyas... Hay que tener mucho cuidado en estos tiempos.

—Excelente precaución—le replicó el capitán—. Y nada más, señores. Buen viaje.

—Gracias, capitán—respondió el conde.

Los gendarmes se internaron nuevamente en el interior del bosque, mientras que el coche donde iba el conde emprendía de nuevo la marcha.

Su hermana, en cuanto hubo desaparecido el capitán, desaprobó la conducta de su hermano y le recriminó lo que había dicho, exclamando:

—No creo que hubiera ninguna necesidad de enterarlos de que estamos arruinados.

—La miseria no es nunca una deshonra—respondió altivamente el conde.

—¿Cómo miseria?—protestó su hermana—. Precisamente ahora que nos casaremos con el notario Pasiello.

—¿Nos casaremos?—exclamó el conde mirando burlescamente a su hermana—. Querrás decir que se casará Julieta—. Y al ver que ésta suspiraba tristemente, le preguntó:—¿Qué tienes, Julieta?

La muchacha bajó la vista, sin querer explicar la causa de aquel suspiro, y fué su tía la que inmediatamente encontró una excusa, diciendo:

—¿Qué quieres que tenga?... ¡Vaya una pregunta! Es la emoción. La idea de casarse mañana... Considera que es la primera vez que lo hace... ¿Comprendes?

—Sí, mujer. Ya lo creo que lo comprendo—replicó el conde.

—¡Y qué momento debe ser!—siguió diciendo la vieja solterona—. ¡La iglesia, el canto del órgano, el velo blanco, las flores... después el gran misterio que se revela... ¡Sola con el hombre que se ama!... ¡Ah, Francisco!

Su hermana la miró sonriendo interiormente y pensando en lo ridícula que llega a ser una pobre mujer cuando llega a cierta edad sin haber sabido lo que es el matrimonio. Tuvo incluso compasión de ella y no quiso contrariarla. Además, ¿qué podía él decir? Más valía dejarla con su manía y con-

tinuar tranquilamente el viaje.

Apenas habían andado un cuarto de hora cuando de pronto dió un grito Elisa que hizo que su hermana preguntara:

—¿Qué ocurre?

Su hermana señaló con el dedo hacia unos jinetes que se velan a distancia y le dijo:

—¡Ahí está!

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser? ¡El «Capatosta»!

—¿El «Capatosta»?—preguntaron todos, impresionados por el mismo pánico de ella.

—Sí, acordaos de lo que dijo el capitán. Debe ser él y sus hombres.

El cochero fustigó cruelmente a los caballos para que emprendieran más veloz carrera, mientras que el conde le preguntaba a su hermana:

—Pero, ¿dónde los ves?

—Allí, fijaos bien entre los árboles...

Julieta se cogió amorosamente al brazo de su primo y le preguntó angustiosamente:

—¡Oh, Felipe, por caridad!, ¿quiénes son esos hombres?

—No lo sé, Julieta—respondió el muchacho—. Pero tranquilízate. Ya ves que no parece tener intención de venir hacia aquí.

En efecto, los jinetes que había visto la hermana del conde, después de pararse unos segundos para asegurarse de que se trataba de un simple carruaje que iba por la carretera, pareció que no le daban ninguna importancia y desaparecieron poco después por la espesura del bosque.

## LA AUDACIA DE «CAPATOSTA»

Cuando el capitán de gendarmes hubo dejado a los aristócratas viajeros se reunió de nuevo con su gente y todos se dirigieron al interior del bosque, donde esperaba el resto de

la fuerza.

Apenas llegó allí, preguntó al sargento que le aguardaba:

—¿Ha llegado ya ese informador de quien me habló?

—Debe estar cerca de aquí, capitán—respondió el sargento.

—Pues que se dé prisa—exclamó el capitán nuevamente.

No habían pasado cinco minutos cuando de detrás de unos matorrales apareció un hombre que se dirigió adonde estaba el capitán. Este, al verlo, se puso en guardia, preguntando:

—¿Quién eres?

—Soy el informador que espera, capitán—respondió el desconocido.

—¿Es éste?—preguntó el capitán al sargento.

—Sí, mi capitán—respondió el otro, reconociéndole.

Entonces el capitán, dirigiéndose al informador, le preguntó:

—¿Eres tú quien ha de darme esas informaciones de «Capatosta»?

—Sí, capitán—respondió el informador—. Y he de decirlos todo lo que sé... He visto a vuestros gendarmes, a los que habéis enviado para detenerle, y ha sido horrible... Horrible.

Se llevó las manos a los ojos, como si quisiera apartar de él una terrible visión, y el capitán, algo emocionado, le preguntó ansiosamente:

—¿Acaso muertos?

—Sí, todos han sido muertos. Los he visto yo mismo.

El semblante del capitán mudó de color. Por sus ojos cruzó un relámpago de ira y apretando los puños en son de amenaza exclamó:

—Juro que los verémos. ¿Has visto tú mismo al «Capatosta»?

—No, capitán, pero me lo han contado unos campesinos.

—Unos campesinos—murmuró despectivamente el capitán, cansado de oír siempre lo mismo—. Ya estoy harto de oír siempre el mismo cuento. ¡Que se vayan al diablo los campesinos! Es la eterna historia de siempre.

—Además sé—siguió diciendo el informador—que «Ca-

patosta» está hecho de coraje, de voluntad, de fe y no repara en los medios para conseguir el fin.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?—preguntó el capitán, mirándole con cierta desconfianza.

El informador se dió cuenta en seguida de que el capitán dudaba de él y rectificó inmediatamente:

—Todo esto lo sé porque me lo han contado. Sin embargo, hay muchos otros que dicen que es un bergante.

—Conque un bergante, ¿eh?—exclamó el capitán, sin apartar de él la duda que le inspiraba aquel hombre.

El informador se dió cuenta de que estaba perdiendo terreno y que era preciso un golpe de audacia. Para ello se quedó mirando fijamente al capitán y exclamó de pronto, como poseído por un terrible pensamiento:

—Un momento, ¿pero vos quién sois?

—¿Cómo que quién soy?—exclamó indignado el capitán— Yo soy el capitán de Rosas de la Gendarmería.

—¿Estáis bien seguro?—exclamó el informador.

—¿Cómo que si estoy seguro?—exclamó estupefacto el capitán, al ver que el otro sacaba una pistola y le apuntaba, al mismo tiempo que le decía:

—Ah, me queréis engañar! Pero os conozco bien. Sois vos el «Capatosta».

—¡Estás loco!—exclamó el capitán.

—Nada de loco—siguió diciéndole el informador, al mismo tiempo que aparecían varios hombres, a quien les gritó—: A las armas, muchachos, a los caballos... Hay que detener a este hombre.

Y más rápido que el pensamiento, los hombres se apoderaron de los caballos de unos cuantos gendarmes que habían acudido con el capitán a recibir la información, y se alejaron a todo galope, dejándoles desarmados y sin monturas.

Mientras corrían a campo traviesa, el informador se reía a grandes carcajadas diciéndole al que iba a su lado:

—Bravo, Tomás. En las narices del propio capitán les hemos quitado los caballos. Ya es hora de que nos presentemos, porque estarán impacientes por nosotros.

El que así hablaba era el propio «Capatosta», que había preparado y dado aquel golpe con la audacia en el caracte-

ristica y que tan buenos resultados le daba siempre.

A unas cuantas millas de allí, en lo más intrincado de la montaña, en una especie de cueva, cuya entrada era difícil de descubrir, no solamente por lo oculta que estaba, sino porque estaba rodeada de fieles centinelas que vigilaban constantemente, unos cuantos hombres esperaban intranquilos la llegada de «Capatosta».

Al fin llegó éste con los hombres que le habían ayudado en su golpe, y al entrar saludó a uno de los reunidos diciéndole:

—Hola, Vicente.

—Estábamos preocupados por tu tardanza—le respondió el llamado Vicente.

«Capatosta», sin dar importancia al hecho, replicó sonriendo:

—Es que nos hemos visto obligados a dar un rodeo para evitar un mal encuentro. Pero traemos los caballos.

—¿Los caballos?—preguntó extrañado Vicente.

—Sí, hombre, los caballos. Ha sido todo muy gracioso, pero ya te lo explicaré luego. Ahora no es tiempo. ¿Están aquí todos?

Y al hacer la pregunta recorrió con la mirada a cuantos se hallaban presentes, mientras que Vicente le respondía:

—Sí. Aquí están los jefes de todas las secciones.

«Capatosta» se encaró con uno de ellos y le preguntó:

—¿Qué noticias me das?

—Tenemos trescientos fusiles y ciento ochenta pistolas.

—¿Hombres?

—Creo que mañana por la mañana seremos cerca de seiscientos.

—¿Los conoces bien a todos?

—Yo respondo por cada uno de ellos—contestó el jefe de la sección.

«Capatosta» se dirigió a todos los que estaban reunidos y les dijo, como jefe que era de ellos:

—Yo no os conozco uno por uno, pero sé que estáis animados todos de idéntica fe... Sé los esfuerzos que habéis hecho para reunir en torno vuestro el mayor número posible de hombres, pero vosotros, que sois sus jefes, debéis res-

ponder de su fidelidad.

Se volvió hacia uno de los antiguos jefes que estaba a su lado y le ordenó:

—Marcos, la fórmula del juramento.

El aludido se adelantó hacia los jefes de secciones que se hallaban allí y les tocó el juramento diciéndoles:

—Jurad que estáis prontos a dar vuestras vidas y todos vuestros bienes por la causa de la unión de Italia. Jurad que os dejaréis ahorcar antes que rendiros. Jurad que os dejaréis apalear antes que traicionar a vuestros compañeros. Jurad que obedeceréis sin discusión las órdenes de vuestro jefe y que combatiréis hasta la victoria ó hasta la muerte.

—¡Juro!—exclamaron todos a una.

—Y ahora, escuchadme—volvió a decirles «Capatosta».

—Hay que estar alerta. Garibaldi y Mazzini están preparando la expedición en Sicilia. Tienen necesidad de nuestra ayuda, porque las dificultades son muchas. Pero todo lo conseguiremos estando todos unidos.

—Todos lo estaremos—exclamaron varias voces al mismo tiempo.

Terminó «Capatosta» dando algunas órdenes y haciendo algunas recomendaciones para que todos estuviesen a punto en el momento y lugar que él los necesitase, y los despidió para que cada jefe cumpliera la misión que le había sido confiada.

Mientras tanto, en el mesón donde el conde y sus familiares pensaban reponer las fuerzas para continuar el viaje, los gendarmes habían colocado un bando pregonando la cabeza de «Capatosta», y el jefe de la tropa se despidió del hostelero diciéndole:

—Acordaos bien. Mil ducados de multa al que encubra a «Capatosta» y, además, la cárcel.

—Los pobres como nosotros no tenemos donde escoger—respondió humildemente el hostelero—. Nos basta con la cárcel.

—Tanto peor para vosotros—le dijo el gendarme—. Hasta la vista.

El hostelero, en cuanto salieron de allí, no pudo contener su ira y exclamó:

—¿Que hasta la vista? ¡Un cuerno!

—Cállate, Cecilio—le recomendó su esposa.

Pero él siguió amenazando con los puños a los gendarmes, al mismo tiempo que les insultaba diciéndoles:

—¡Carroñas!... ¡Vendidos!...

—Cecilio—le increpó su mujer—. Avergüenzate de lo que estás diciendo.

Presenciaba la escena una muchacha de unos veinte años. En su rostro se advertía esa frescura propia de las campesinas, y su belleza resaltaba aún más entre la humilde ropa que vestía. Se llamaba María y era hija de los dueños del mesón. Al oír exclamarse de aquella forma a su padre, y protestar a su madre, exclamó por su parte:

—Y tiene razón. El «Capatosta» no es ningún bergante, sino un verdadero patriota.

—Pero ¿la estás oyendo?—exclamó asustada la hostelera—. Hasta ella.

—Es que tú eres—le dijo a su mujer el dueño—la única mujer que no siente simpatía por «Capatosta».

—Porque no estoy loca, como las otras.

A la discusión puso fin el ruido del coche en el que llegaban el conde y sus familiares, y la mesonera llamó la atención de su marido diciéndole:

—Llegan viajeros. Pronto, Cecilio.

El hostelero salió a recibirlos, y después de hacerlos entrar les ofreció a todos asiento, diciéndoles solícito:

—Acomóclaos, señores.

—Gracias—respondió el conde.

—Ya me siento mejor—exclamó su hermana.

—¿Os quedaréis a dormir?—preguntó Cecilio, con esa humildad que solían gastar en aquel tiempo todos los servidores con quienes sospechaban que eran de mayor alcurnia que ellos.

—No lo sabemos. ¿Podréis servirnos alguna comida?

—Puedo servirlos frutas, huevos, costillas y queso.

—Pues servirnos unas costillas con patas y ensalada. Pero os ruego que lo hagáis a prisa. Quisiera partir antes que fuese de noche.

—¿Porque pensáis continuar vuestro viaje?—le preguntó

el hostelero— Aquí podréis reposar perfectamente. Tenemos unas magníficas habitaciones.

—Así y todo prefiero dormir en Avelino—insistió el conde.

—A esta hora me parece una locura ir por la carretera—le dijo el hostelero.

—Tal vez sería peor locura el permanecer aquí—respondió el conde—. ¿No te parece?—preguntó el conde a su hermana, recordándole los jinetes que habían visto. Sin embargo, su hermana, que estaba cansada del viaje, le dijo para animarle a que se quedasen allí:

—Pero, si pensándolo bien, debían de ser civiles.

—¿Civiles y armados de aquel modo?—exclamó el conde.

El conde, que no se hallaba seguro en ninguna parte, preguntó al hostelero, que los miraba extrañado de aquella conversación:

—¿Vosotros no habéis encontrado aquí a ese... a ese... «Capatosta»?

—Jamás—exclamó la hostelera, mientras les servía la comida.

—¿Pero es que vos le habéis visto?—preguntó asombrado el hostelero.

El conde tampoco podía asegurar que fuese el mismo «Capatosta» el que había visto, y ante la inseguridad de ello le respondió:

—No os lo puedo precisar, pero bien pudiera ser él. Iban seis o siete hombres a caballo y armados con fusiles, en medio de un bosque de alcornoques, muy cerca de vuestra casa.

—¿Y qué os ha sucedido?—preguntó la hostelera, cada vez más asustada por la proximidad de «Capatosta».

—Verdaderamente, hemos visto poco—siguió explicándole el conde—. El cochero en seguida ha azotado los caballos y les perdimos de vista.

—No nos cabe duda—dijo la hermana del conde, que era muy dada a todas aquellas leyendas de bandoleros y que soñaba con ser la heroína de alguna de ellas—que se trataba del propio «Capatosta». Lo ha dicho el mismo capitán de gendarmes. Dicen que es muy galante con las damas.

—¡Bah, bah!—exclamó despectivamente el conde, adivinando el pensamiento de su hermana. Todo eso no son más que historias, fruto de fantasías malsanas.

Siguieron comiendo tranquilamente; mientras la hermana del conde seguía hablándole a éste de todo lo que ella creía que era el tal «Capatosta». Los únicos que guardaban silencio eran Felipe y Julieta. Los dos jóvenes veían que se acercaba el momento fatal en que su amor sería ya imposible y aquella idea los tenía silenciosos, sin ánimos de proseguir la conversación que tan absurdamente había empezado la hermana del conde.

Cuando hubo terminado la comida, los viajeros subieron al piso superior del mesón para asearse un poco, y Felipe aprovechó el momento en que Julieta estaba sola en cuarto para llamar desde fuera diciéndole:

—Julieta, abre.

—No, Felipe—respondió débilmente la joven.

—Por favor, Julieta—insistió el muchacho—. Abreme. Necesito hablarte.

Julieta abrió suavemente la puerta y le hizo entrar, al mismo tiempo que le decía:

—No hagas ruido—. Y cuando ya estuvo dentro le reprochó su insistencia diciéndole—: ¡Qué imprudencia! ¡alguien nos viera!

—No temas—intentó él tranquilizarla—. Además, necesitaba verte, Julieta. Yo creo que voy a enloquecer... Cómo lo arreglaremos.

Julieta suspiró tristemente. Comprendía que aquel amor era imposible. Ella también sufría horribilmente al pensar en el sacrificio que tenía que hacer para salvar a su padre de la ruina y exclamó:

—No podemos hacer nada, Felipe. Hay que resignarse.

—Pero yo no puedo—protestó el enamorado joven—. Bastaría que mañana, delante del sacerdote, cuando te pregunten si aceptas por esposo a ese viejo usurero, tú dijeras que no.

—Pero eso daría lugar a la ruina de mi padre. Tú lo sabes. Si no fuera por eso, jamás hubiera aceptado a otro esposo que no fueras tú. Pero en estas circunstancias, ¿cómo



*— ¡Qué que no dejérais aburrir antes que tardicos.*



*— Tu sabes que yo amo a nadie más que a tí.*



— Ha estado muy lejos de aquí.



— Me gusta mucho encontrarme entre vosotros.



— ¡Salvame, Felipe.



— Dile a este viejo  
carruño, quien soy.



— *La solera que tenemos nos da una penitencia.*



— *¿Dónde está Capotaota?*

puedo rebelarme?... Compréndelo, Felipe.

Y al ver que su novio callaba, sin saber qué decir, continuó ella misma:

—¿Ves como callas? ¿Ves como no puedes decir nada?...

—Yo sólo digo que ese matrimonio es un delito—exclamó Felipe—. ¿Y aun se atreven a hablar de «Capatostas»?... No puedo contener mi indignación cada vez que pienso que ese viejo gotoso se ha atrevido a poner los ojos en ti.

Julieta sentía la misma indignación que su primo. Y Felipe leyó en los ojos de la joven todo el amor que ella sentía por él, y dejándose llevar por los impulsos de su corazón la estrechó en sus brazos diciéndole:

—Julieta, dame un beso... Es quizás el último que me darás ya en tu vida.

La joven intentó oponerse al deseo de él, pero sentía ella misma el afán de besar al hombre que tanto amaba, y le respondió:

—Por Dios, Felipe. Yo ya tengo deberes que cumplir. Piensa que estoy prometida.

Pero Felipe, sin pensar en aquel razonamiento que le daba su prima, la besó con todo el fuego de su pasión de veinticinco años. Rápidamente comprendió que había obrado demasiado a la ligera y quiso hacerse perdonar por ella diciéndole:

—Perdóname, Julieta. Ya sé que he hecho mal. Debía avergonbarme de mi acción, pero no he podido contenerme.

Julieta le acarició acongojada por el pesar que demostraba su primo y procuró animarle diciéndole:

—No digas eso. Tú sabes que yo no amo a nadie más que a ti.

Desde fuera se oyó la voz de su tía que la llamaba, y Julieta se desprendió de los brazos de Felipe exclamando asustada:

—¡La tía!

Nuevamente su tía gritó desde fuera, diciéndole:

—Julieta, ¿me he dejado ahí mi brazaletes?

—No sé, tía. Voy a buscarlo.

Y mientras le respondía hizo que su primo saliera por la otra puerta, para que no le viera allí con ella. Cuando

quedó sola abrió la puerta, al mismo tiempo que cogía el brazalete que su tía había dejado sobre un mueble, y le dijo:

—Aquí está.

Su tía, al verla todavía sin arreglar, le preguntó extrañada.

—Pero, ¿todavía estás así? ¿Aun no te has cambiado?

—No sé—titubeó ella, algo azorada—. Es que verás, tía, no acertaba a abrocharme el vestido... ¿Quieres hacer el favor de ayudarme tú?

—Ven, mujer, ven—le dijo cariñosamente la tía, al mismo tiempo que le abrochaba un botón del vestido.

Mientras tía y sobrina se preparaban para la marcha, Felipe bajó de nuevo a la planta baja del mesón, al mismo tiempo que entraban unos muchachos, armando un barullo de mil diablos. Uno de ellos, llamado Jorge, al ver a Felipe, llamó la atención de sus compañeros diciéndoles:

—Mirad quién hay aquí.

Felipe reconoció inmediatamente a varios compañeros suyos de Universidad, y exclamó alegremente:

—¿Pero qué hacéis por aquí?

—Pues nada—le explicó Jorge—, que la Universidad estaba cerrada y nos aburríamos en Nápoles. Conque les he cogido a todos y los he llevado a mi finca, a cazar. Fíjate qué pieza hemos cobrado.

—¡Hermosa liebre!—exclamó Felipe, admirando la que habían cazado. De pronto se acordó de los hombres armados que habían visto por la tarde, antes de llegar al mesón y le preguntó—: Pero ahora que lo pienso. ¿Estabais cazando hoy, a eso de las cuatro, a caballo?

—Sí, ¿por qué?

—Pues, sencillamente, porque nosotros os hemos tomado por los hombres de «Capatostax». Nos habéis proporcionado un susto enorme.

El hostelero que escuchaba la conversación intervino en ella y le preguntó a Felipe:

—Entonces, puesto que el peligro se ha esfumado, ¿permaneceréis aquí esta noche?

—No sé—respondió Felipe—. Yo no puedo decidir. Estoy aquí de paso con mis tíos y mi prima.

—¡Ah, la primita!—exclamó riendo maliciosamente Jor-

—¿Quién es? Aquella de que tanto me has hablado?

—La misma—respondió tristemente Felipe.

—Chico—le dijo Jorge, al ver la tristeza que se reflejaba en su rostro—, debías estar contento y lo dices como si estuvieras en un funeral.

—Es que tú no sabes todo lo que me pasa.

—¿Qué te sucede?... Cuenta... A lo mejor podemos ayudarte.

Felipe en pocas palabras les contó todo cuanto le ocurría: la boda próxima de su prima con el notario y, en caso contrario, la ruina de su tío.

Todos sus compañeros escucharon atentamente aquella historia amorosa, y durante unos segundos nadie se atrevió a decir nada. Con esa sincera amistad que siempre une a los compañeros de estudios, todos sentían la desgracia de Felipe, hasta que Jorge, que era el más decidido de todos, exclamó de pronto:

—¡Tengo una idea!

—¿Cuál?—preguntó Felipe.

—Sencillamente, simular un rapto. Te raptaremos a ti y a ella.

Felipe se echó a reír, aun a pesar suyo. Siempre había tenido a Jorge por un atolondrado, pero nunca pensó que llegase a aquel extremo.

—No está mal pensado—dijo otro compañero—. Así, al menos, podrás pasar algunas horas alegres con ella y con nosotros.

—Pues claro—siguió diciendo Jorge—. Además, entre tanto, la fiesta se va a paseo, el notario se enfada y después... de una cosa hace la otra.

—No me hagáis reír—exclamó tristemente Felipe—. Ya comprenderéis que no tengo humor para ello.

—Nada de risa—insistió Jorge—. Además, ¿no hace pocas horas que nos habíais tomado por los hombres de «Capatosta»?

—Sí, desde lejos.

—Pues desde cerca es igual. Cuando tengamos todos un arma en la mano, les haremos creer a todos lo que mejor nos parezca... Piensa bien en mi idea. El «Capatosta» irrum-

pe de pronto aquí, rapta a la doncella y los detiene a todos.

—Ya verás, Felipe, cómo nos divertimos—insistió otro de sus compañeros.

—Ustedes se divertirán mucho—exclamó el hostelero—, pero cuando después venga la gendarmería, me cogen a mí y me ahorcan. Entonces sí que será muy divertido.

—Pero si es sólo una broma—procuró tranquilizarlo Jorge—. Ya sabes que yo tengo un tío que es un pèz gordo en la casa real. No te pasará nada. Vámos, muchachos.

—Por Dios, señores—exclamó el hostelero muerto de miedo—. Tengan cuidado y no hagan locuras.

Pero aquellos muchachos, sin tener en cuenta las prudentes razones del hostelero, lo primero que hicieron fue salir adonde estaba el coche del conde y deshacer las riendas y los tiros de los caballos para que no pudiesen continuar el viaje. Mientras ellos realizaban esta operación, el conde bajó en busca del hostelero y de su sobrino, diciendo a aquél:

—¿Cómo no tenéis todavía todo arreglado? Ya os dije que teníamos que estar en Avellino antes de que se haga más tarde. El pobre notario nos espera.

—Cierto—dijo su sobrino—. Debemos darnos prisa. De otro modo, a ese pobre viejo achacoso lo encontraremos muerto.

—Pues hay que darse prisa—terminó diciendo su tío.

Empezó a llorar a su hermana y a su sobrina para que bajasen cuanto antes, mientras que Felipe pensaba que, después de todo, lo mejor era lo que había propuesto Jorge. La idea de que su prima contrajese matrimonio con el viejo notario le desesperaba y estaba dispuesto a todo antes que permitir aquella boda.

## EL RAPTO

Lo que todos ignoraban era que el verdadero «Capatosta» se hallaba muy cerca de allí. María y «Capatosta» se amaban desde hacía tiempo, sin que nadie lo supiera, y el buen patriota, desafiando todos los peligros, acudía casi todos los

días a última hora de la tarde, para estar al lado de su amada.

A la hora de costumbre, «Capatosta» se situó bajo la ventana del cuarto de María, y gritó la señal convenida.

Inmediatamente apareció ella y bajó rápidamente a su lado. Los dos enamorados se abrazaron tiernamente, y María le dijo temerosa de que pudiera pesarle algo:

—¿Qué intranquila estoy cuando no estás a mi lado, Cayetano. Has tardado hoy mucho.

—Es que he estado muy lejos de aquí.

Iban andando hacia una pequeña ermita donde había una Virgen, a quien todos veneraban en el lugar, y María, al llegar allí, le dijo:

—Aquí vengo todas las tardes a pedirle a la Virgen que me conceda la gracia de volverte a ver.

—Y la Virgen, como es buena, te concede la gracia que le pides, porque aquí me tienes.

María le mostró una cestita que llevaba y le dijo sonriendo:

—También te he traído alguna cosita que comer. ¿Estamos seguros aquí?

—Puedes estar tranquila—le respondió «Capatosta»—. He dejado a «emperadora» en la carretera para que vigile.

—¿Y cómo te ha ido?—preguntó ella.

—Mal—respondió «Capatosta»—. Pero estoy seguro de que todo cambiará y las cosas irán mejor.

—¡Dios lo quiera!—suspiró la muchacha—. Estoy cansada de este continuo sufrir. Quisiera que todo esto acabase.

—Y acabará—le dijo él, acariciándola—. Hemos encontrado nuevos adeptos. Mañana nos reuniremos en Casal del Bosque, y de allí, en pocas horas, conseguiremos... Pero perdóname, no te lo puedo decir porque es un secreto, bajo juramento. Pero ya verás como acabará.

—¿De veras?—le preguntó ella ansiosamente, queriendo leer en su mirada la sinceridad de sus palabras.

—Te lo aseguro. Garibaldi está preparando la expedición en Sicilia. Y a mi regreso decidiremos. Ya he hablado con don Pascual, de San Rocco.

Las manos de ambos se hallaban dulcemente enlazadas y María, pensando únicamente en los peligros que corría el

hombre a quien tanto amaba, le aconsejó:

—No pienses en mí, Cayetano. Lo único que quiero es que vuelvas sano y salvo, como te veo ahora... Y no olvides que ofrecen una cantidad por ti.

«Capatosta» se echó a reír. Sabía que todos le querían y exclamó:

—No se enriquecerá ninguno con ese maldito dinero... Te advierto que jamás pude imaginar que mi cabeza valiera tanto dinero. ¡Qué estúpidos! No se dan cuenta de que siguen mi juego y se prestan a él.

—No te comprendo—le dijo María.

—Pues claro está—siguió diciendo «Capatosta»—. Los gendarmes y todo el mundo no me tendrían tanto miedo si no creyesen que yo soy un bandido terrible.

En aquel momento se acercó a ellos «Emperador» y le dijo a su jefe:

—Hacia Villa Elena van algunos paisanos. Es peligroso seguir aquí.

—Pues prepara los caballos y vámonos—respondió «Capatosta».

Se despidió de María, y mientras esta volvía hacia la hostelería, él se marchó a todo el galope de su caballo.

Entretanto, los estudiantes habían buscado por toda la casa, y cuando consiguieron algunas pistolas entraron dentro de la posada, donde ya estaban el conde y sus familiares dispuestos para la marcha.

Al ver aquellos hombres armados, todos los presentes sintieron un pánico horrible, pensando que fueran los hombres de «Capatosta». El único que se mostraba tranquilo era Felipe, porque era también el único que sabía de qué se trataba.

Los estudiantes, en el momento de entrar, apuntaron con las armas que llevaban a todos los presentes, al mismo tiempo que Jorge preguntaba al conde:

—¿Quién sois vos?

—Soy el conde Acuaviva.

—¿Y adónde os dirigís?

—A Avellino—respondió el conde.

Jorge quedó un par de segundos en silencio, y al fin exclamó como poseído por un rápido pensamiento:

—¿Queréis ir a Avellino para denunciarnos?

—¿Pero, quién sois?—preguntó el conde, poseído por un pánico que sabía disimular.

Jorge se adelantó hacia él, y mirándolo en forma retadora exclamó:

—¡Soy «Capatosta»! Supongo que habréis oído hablar de mí.

—¡Dios mío!—exclamaron su hermana y Julia al mismo tiempo.

—No se asusten, señoras—respondió Jorge—. Pero como no estoy seguro de lo que piensa hacer este señor, lo mejor es que me lleve algo en prenda, para que pueda tener la seguridad de que no se irá del mesón.

—Le daremos cuanto tengamos—dijo el conde.

—No necesito dinero—exclamó despectivamente Jorge.—Nos llevaremos a esta joven.

—Imposible—gritó el conde—. Ha de casarse. La esperan en Avellino.

—No me importa quien la espera. Muchachos. Llevadla dónde os he dicho.

Dos estudiantes apoderaron de Julieta que, como no sabía de qué se trataba, hizo esfuerzos sobrehumanos para librarse, sin conseguirlo, al mismo tiempo que gritaba desesperada.

—¡Felipe, sálvame, Felipe!

Este hizo ademán de lanzarse sobre sus compañeros, pero uno de ellos le puso la pistola en el pecho, diciéndole:

—Tú quieto aquí.

—Ten cuidado—le dijo Felipe—. No bromees con esas cosas.

Salieron los estudiantes, llevándose a Julieta, y Felipe gritó:

—¡Voy a rescatarla!

—¡Por Dios, muchacho! ¿No ves que te matarán?—le dijo su tío.

Y quieras que no, Felipe logró deshacerse de los que pretendían detenerle y corrió a reunirse con sus compañeros, que se llevaban a Julieta.

Cuando entró María en la casa y vio todo lo que había,

preguntó:

—Pero, ¿qué ha pasado aquí?

—Ha venido «Capatosta»!

—¿Que ha venido Capatosta?—preguntó la muchacha extrañado, puesto que acababa de dejarlo.

—Sí—dijo la hermana del conde—. Ha venido «Capatosta» y ha raptado a mi sobrina.

—¡Parece increíble!—exclamó María, sin querer decir que aquel hombre no podía ser «Capatosta», puesto que el verdadero acababa de estar con ella, y jamás se había dedicado a raptar doncellas.

Cuando llegaron a la finca de Jorge, Julieta intentó de nuevo huir, y aquél le dijo:

—No temáis nada. Ni yo soy «Capatosta» ni le he visto en mi vida. Estad tranquila, que dentro de poco estará aquí vuestro primo Felipe.

Julieta, ante aquella seguridad, preguntó sin perder del todo el miedo:

—Entonces, ¿quiénes son ustedes?

—Somos compañeros de Felipe, y de acuerdo con él, hemos tramado este plan para que podáis pasar unas horas juntos, antes de que os obliguen a contraer matrimonio con ese viejo avaro, que os han elegido como esposos.

Y, en efecto, a los pocos minutos llegó Felipe, y Julieta, al verle, corrió hacia él, diciéndole el muchacho para tranquilizarla:

—No temas nada, Julieta... Todos son buenos chicos. Son compañeros míos que saben de nuestro infortunio.

Elos mismos prepararon la mesa, invitaron a los novios a cenar, y Jorge levantó una copa llena de vino, brindando:

—Alzo mi copa por los primos de hoy y por los prometidos de mañana.

—Y los esposos de pasado mañana—exclamó otro de los estudiantes.

Mas, a pesar de la alegría de todos, Julieta continuaba triste. Apenas si hacía caso de lo que le decía su primo, y Jorge, ante aquella actitud, le preguntó extrañado:

—¿Qué le sucede, señorita? ¿Por qué está triste?

Felipe fué el que respondió por ella, diciéndole:

—Es que tiene miedo de que este juego termine mal.

—No tenga miedo por eso—intentó tranquilizarla Jorge.

—Aquí nada le puede suceder.

—Comprende—dijo Julieta—, que después de todo esto es verdaderamente un rapto.

—Ya os decimos que nada tenéis que temer. Aquí mismo formaremos nuestro campamento y pasaremos toda la noche reunidos.

Pero lo que no sabía ninguno de ellos era que María había dado cuenta a «Capatosta» del rapto de la joven, y de que habían tomado su nombre. Le indicó el camino que habían llevado, y «Capatosta» comprendió en seguida que debían estar en la finca de Jorge.

Indignado porque otra persona tomara su nombre en un asunto como aquel, se presentó de pronto en la finca y, acompañado de su ayudante, ordenó a todos los que estaban allí en el salón:

—¡Arriba las manos y estaos quietos! ¡El que tenga un arma encima que la arroje sobre la mesa!

Uno a uno, todos los estudiantes fueron depositando las armas que tenían, y cuando «Capatosta» y su ayudante quedaron convencidos de que nada podían hacer, volvió a decirles:

—He venido aquí porque quiero verle la cara al valiente que ha tenido la buena idea de apropiarse mi nombre.

Julieta adivinó en seguida de quién se trataba y se abrazó a Felipe, exclamando asustada:

—¡«Capatosta»!... Es el verdadero.

—¿Quién ha sido?—preguntó de nuevo «Capatosta».

Jorge se adelantó un paso a sus compañeros y exclamó:

—He sido yo.

—Pues ven para acá... ¿Sabes que has tenido una buena idea?

—Todo ha sido una broma—replicó Jorge.

—Pues a mí no me gustan esos juegos... Porque yo siempre lo hago todo en serio, ¿comprendes?

—¡Dios mío!—suspiró asustada Julieta, creyendo otra cosa.

«Capatosta» se echó a reír al advertir el miedo de la

joven, y le dijo:

—No suspire así... ¿Conque me habéis adjudicado un bonito papel? Vais raptando a las mujeres para aprovecharos... ¿No sabéis que «Capatosta» no ha hecho jamás esas porquerías?

—Pero todo ha sido por broma—le dijo Julieta tímidamente.

—Sí, todo ha sido una broma—insistió Felipe.

—Y tú, por broma—le respondió «Capatosta»—, pasas la noche con todos estos señoritos. Muy bien. Me parece una broma demasiado inocente.

—Es que no sabéis.

—Lo sé todo—exclamó «Capatosta»—. Tú eres la sobrina del conde Fabricio Acuaviva. ¿No es cierto?

—Sí—respondió la muchacha—. Mi padre es el conde Francisco, se ha quedado en la posada con mi tía. No nos hagáis ningún daño.

«Capatosta» se echó a reír y exclamó cariñosamente:

Peró criatura, si yo te he conocido cuando eras tan pequeña que se te podía meter en un bolsillo. Tu tío es amigo mío y amigo de Italia... Y tú te vas a casar con quien quieras... ¿Sabéis lo que os digo? Que habéis hecho muy bien.

Los estudiantes respiraron tranquilos al oírle hablar de aquella forma y «Capatosta» siguió diciendo, dirigiéndose a Felipe:

—Tú eres un muchacho de corazón, pero no te diste cuenta de que rebelándote podías tener un disgusto.

—Todo lo hice por amor a ella—se excusó Felipe.

—Por lo visto, la quieres mucho... Está bien, pues me echaré sobre mi espalda también este rapto. Pero hay que ver si ese viejo asqueroso de notario tiene buen ojo para elegir. Yo también tengo algunas cuentas que arreglar con él y se las voy a ajustar en seguida.

Se volvió hacia su ayudante y le dijo:

—Toma el caballo y véte a casa del notario de Avellino y dale este encargo.

Se apartó un poco para que los otros no pudieran oírle y cuando hubo salido su ayudante, les dijo a los estudiantes:

—Jovencitos, mis hombres, que están ahí fuera, quisie-

ran remojar la garganta.

—En seguida—exclamó Jorge— Todo el vipo que hay en la casa me parecerá poco para obsequiaros.

«Capatosta» se echó a reír y, estrechándole fuertemente la mano, con aquella nobleza tan habitual en él, le respondió:

—¿Sabéis que me gusta mucho encontrarme entre vosotros? Me satisfacen mucho los estudiantes.

—A nosotros también nos gusta—exclamaron todos rodeándole.

Empezaron a beber alegremente y Jorge le dijo:

—¿No queréis comer algo con nosotros?

—No, tengo que marcharme. He de arreglar ese asunto del notario.

—¿Queréis que os acompañemos? Todos sabemos que sois un verdadero patriota.

«Capatosta» sonrió ante las palabras del estudiante y le dijo:

—¿Y por eso me habeis cargado con el muerto este del rapto?

—No—exclamó Julieta, que había vuelto a recuperar la serenidad— Todos sabemos que sois bueno e incapaz de hacer mal a nadie.

—Y estamos dispuestos a seguir os—dijeron varios al mismo tiempo.

«Capatosta» estrechó la mano de varios de ellos y exclamó:

—Gracias, muchachos. Donde menos se piensa... Pero ya sabréis algo de mí.

Y entre los saludos de los estudiantes, que instaban algunos de ellos porque se quedase, «Capatosta» salió de la finca y desapareció poco después por la espesura del bosque.

## UN FALSO MENSAJERO

El notario de Avellino no se explicaba la tardanza de su prometida. Aun cuando era ya de noche, seguía esperando, creyendo que de un momento a otro se presentaría con sus

parientes, cuando entró su ama de llaves diciéndote:

—Hay un hombre que pregunta por usted, señor notario.

—Háizlo pasar... veremos qué es lo que quiere.

Pasó el individuo, que no era otro que el enviado por «Capatosta», y afectando un gran cansancio, le dijo:

—Señor, el conde de Acuaviva me manda aquí para advertiros que ha sufrido un accidente la carroza donde venía. Os suplica que salgáis a su encuentro con vuestro carruaje. Os espera en la hostería de Bibio.

—¡Qué desgracia!—exclamó el notario, sin sospechar la red que le tendían—. Entonces voy a tener que suspender la ceremonia... Todo lo que estaba encargado se estropeará.

—A propósito—volvió a decirle el mensajero—. Con el señor conde viene también una señorita muy hermosa.

—Es mi prometida—exclamó con orgullo el notario.

—Pues ella era la que tenía más interés en hacer que viniera a buscaros—le dijo el ayudante de «Capatosta», para decidirle.

—Partiremos en seguida—exclamó el notario—. Iremos en mi carroza y la traeremos hasta aquí.

Y al mismo tiempo que el notario y el mensajero emprendían la marcha hacia la hostería de Bibio, el cochero del conde había ido a dar parte al capitán de Rosas del rapto de la joven, diciéndole:

—Ha sido el propio «Capatosta».

—¿Estás seguro de ello?—le preguntó el capitán.

—Segurísimo. Se lo oí decir a él mismo. Después ya no vi nada, porque me escondí en un armario, pero desde dentro pude oír todo lo que hablaban.

—Pero si esa muchacha tiene un padre, ¿por qué no ha venido su padre a denunciar el rapto?—preguntó el capitán.

—Porque el «Capatosta» ha amenazado con asesinarle si le denunciaba.

—¿Y cuántos hombres le acompañaban?—preguntó el capitán.

—Una docena.

—¿Solamente una docena?—preguntó alegremente el capitán—. Bien, bien.

Llamó a su brigada y le ordenó:

—Preparen ciento cincuenta hombres bien armados para salir inmediatamente. Yo mismo asumo el mando de ellos. Ya es hora de acabar con ese «Capatosta».

Cerca ya de la media noche, se presentó «Capatosta» en la hostería, disfrazado de gendarme, con otros dos compañeros más, que vestían el mismo uniforme. Allí nadie le conocía, a no ser María, y por eso «Capatosta» estaba seguro de poder realizar su plan. El mismo hostelero estaba asustado creyendo que se trataba de un verdadero gendarme, y su miedo fué aún mayor cuando le oyó decir:

—Me he enterado de que estaba aquí el «Capatosta», y que le habéis ocultado.

El conde y todos los demás, ante el miedo que sentían de denunciar al «Capatosta», exclamaron:

—¡Aquí no ha estado!

—¿Cómo que no, si ha llegado hasta mí la denuncia? Sé que ha raptado a una joven, ¿Quién era?

El conde se creyó en el deber de decir la verdad y respondió:

—Es mi hija.

—¿Y dónde pensabais ir?

—Pensábamos ir a Avellino. Venimos de Benevento.

—¿Y a qué ibais?

—Mi hija iba a casarse con el notario de Avellino.

—Pero ya no pretendéis ir, después de que ha sido raptada y ha pasado la noche con esos desalmados.

—¿Teméis...?—preguntó con inquietud el conde.

—Todo lo temo y yo no puedo permitir que se engañe a un tan gran ciudadano como es el notario de Avellino.

El conde seguía defendiendo el honor de su hija, mientras que el hostelero, creído que se trataba de un verdadero brigada de gendarmería, avisó a su criado diciéndole:

—Corre a la villa del señorito Jorge y dile lo que pasa.

Salió el criado por la puerta trasera del mesón; al mismo tiempo que por la otra llegaba el ayudante de «Capatosta», acompañando al notario, a quien le dijo:

—Pasad, señor notario. Aquí está el brigada de gendarmería y él os dirá cuanto ha pasado.

El notario entró rápidamente, y «Capatosta», al verle, le

preguntó:

—¿Vos sois el notario de Avellino?

—Sí—respondió él— ¿Y Julieta?

—Esperad un momento. Se os quería engañar y yo no puedo consentirlo. Se os quería entregar por esposa a una joven que ha pasado la noche con unos desalmados. Mirad, aquí llega ella.

—En efecto, en aquel instante entraba Julieta acompañada de Felipe y corrió a los brazos de su padre, mientras que el notario protestaba diciendo:

—Esto es una burla. Yo la había dotado con dos mil ducados y, además, había prometido quemar las aceptaciones del conde, en el mismo momento de la firma.

—Está bien—exclamó «Capatosta»—. Pues ya veis que nada de ello debéis hacer.

—Claro que no lo haré—dijo el notario.

—¿Y no habrá entre todos ustedes ningún hombre que sea capaz de salir en defensa de esta joven?—preguntó «Capatosta».

Felipe comprendió en seguida lo que quería decir y se adelantó exclamando:

—Yo mismo. Siempre amé a Julieta, y no me importa ser su esposo.

—Bien, muchacho—exclamó «Capatosta»—. Y ahora que ya está esto arreglado, vamos a otra cosa.

Llamó a su ayudante y le dijo:

—Dile a este viejo carroña quién soy yo.

El notario se quedó sorprendido al oírse llamar de aquella forma, y su extrañeza se trocó en verdadero pánico cuando sintió decir:

—Es «Capatosta».

—Dios mío... «Capatosta».

—El mismo—exclamó aquél—. Ya sabes que tenemos una deuda pendiente. Conque dame esas aceptaciones.

El notario sacó unos papeles que llevaba ocultos y se los entregó, diciéndole:

—Aquí está. Me arruináis, pero os las entrego.

«Capatosta», sin mirarlos siquiera, las arrojó al fuego, diciendo a Felipe y a Julieta:

—Este es mi regalo de boda. Y ahora me marcho antes de que llegue alguien.

Y, en efecto, aun no había tenido tiempo de decirlo, cuando en la puerta se oyeron grandes voces y, sobresaliendo entre todas ellas, a la del capitán de Rosas, que gritaba:

—Abrid, en nombre de la Ley.

María entró también, y acercándose a «Capatosta», le dijo, mientras éste bebía un trago de leche, que acababa de ordeñar la muchacha:

—Lo que es ésta me la pagas.

El se echó a reír y le dijo:

—¿Por dónde saigo?

—Ver—le dijo ella llevándole al otro lado del mesón. Lo hizo subir a un cuarto y le dijo: —Por aquí puedes escapar sin que nadie te vea.

Por fin entró el capitán de Rosas con sus hombres, dejando todos los caballos en la pata de fuera del mesón.

Al encontrarse dentro preguntó indignado:

—¿Dónde está «Capatosta»?

—Acaba de marcharse—le respondió el notario.

—Pues hay que detenerle.

—Eso será algo difícil—dijo el notario—. Se os ha escapado.

—Es un gran patriota—exclamó, emocionado, el conde.

El notario le miró extrañado de aquella exclamación. También él sintió vergüenza. A pesar de su avaricia el amor a su patria pudo más que nada, y queriendo expresar su admiración hacia el gran patriota, se acercó al conde y le dijo:

—Tomad. Este es mi regalo de boda para esos dos muchachos.

—¿Qué me entregáis aquí?

—Vuestras aceptaciónes. Las que quemó eran unos cuantos fajos de papeles sin valor alguno. Yo soy siempre un hombre prevenido.

Felipe y Julieta por fin vieron brillar en el cielo su amor. Pero no eran ellos solamente, sino que María le decía a «Capatosta»:

—¿Hasta cuándo no te volveré a ver?

—Hasta mañana, María—le dijo él—. Debes estar pre-

parada.

—¿Para qué?—preguntó ella.

—Porque vendré por ti, y un buen párroco nos unirá para siempre.

Saltó de la ventana, después de haberse despojado del uniforme de gendarme, y al llegar al campo se encontró la más agradable de todas sus sorpresas.

Jorge y sus amigos se habían apoderado de los caballos de los gendarmes. Se los ofrecieron a «Capatosta», al mismo tiempo que decían:

—También nosotros queremos luchar por Italia.

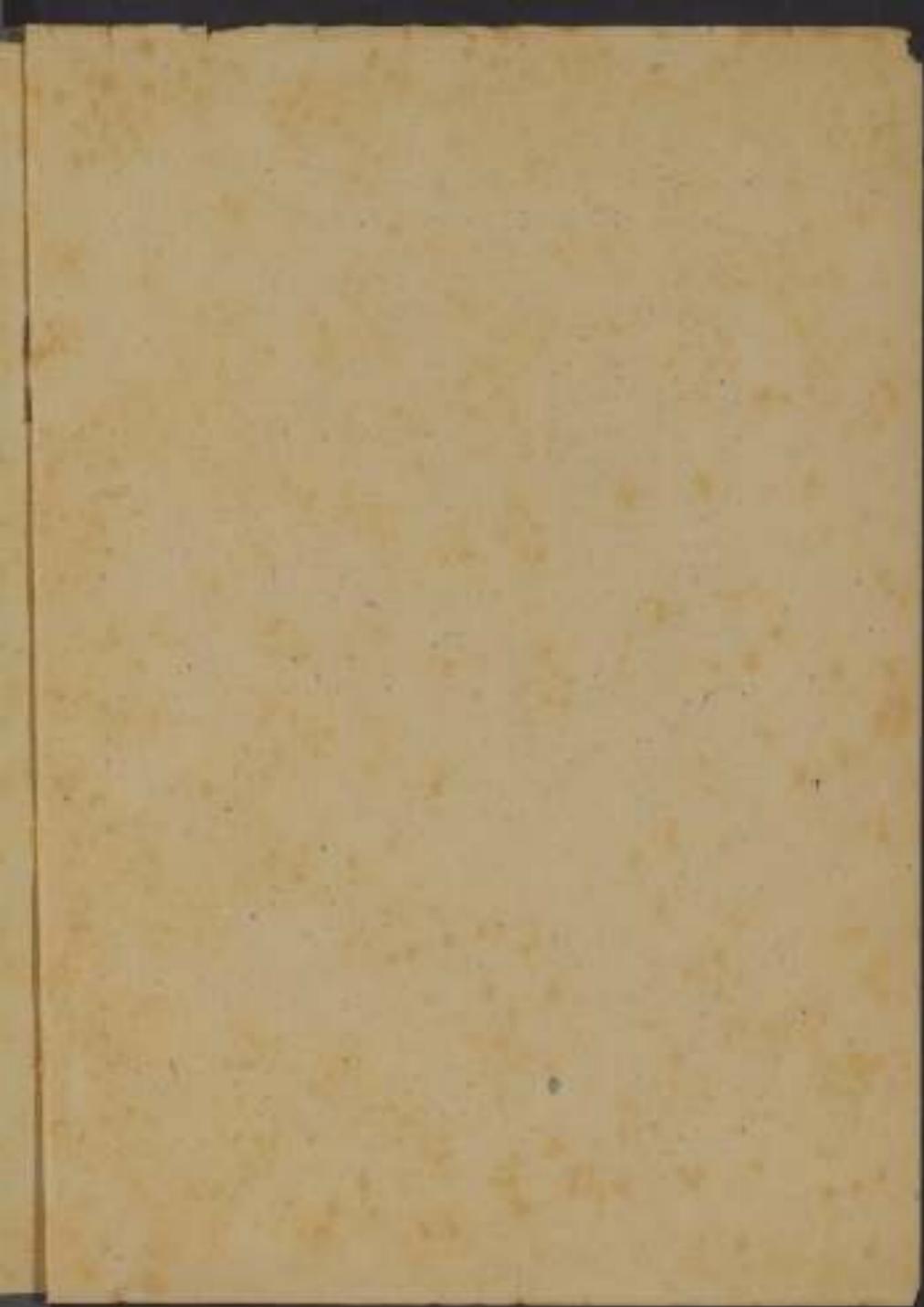
«Capatosta» los miró emocionado. Estaba seguro de la fidelidad de todos ellos y, montando en uno de los caballos, les gritó:

—¡Viva Italia!

—¡Viva Italia!—gritaron todos.

Y olvidándose del amor de la mujer que suspiraba por él, Capatosta corrió con su gente en pos de otro gran amor, del mayor de toda su vida, que era el de ver a su patria libre. El engaño de aquella noche había servido para reclutar nuevos voluntarios a la santa causa y para comprender que no había dicha mayor que la de contribuir a la felicidad de otros.

FIN



# CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

(EL PRIMERO EN SU GÉNERO Y EL QUE TODOS IMITAN)

PRECIO: **2'50** Pesetas

Los nuevos grandes éxitos del genial poeta

**RAFAEL DE LEON**

y del inspirado maestro

**QUIROGA**

solamente los encontrará en esta colección:

**CONCHITA PIQUER**

Tatuaje - La Lirio - La Caramba - Almudena - Dime  
que me quieres - Eugenia de Montijo - No me llames  
Dolores - La niña de la estación - El cariño que te  
tengo - Me da miedo de la Luna - Coplas del Espartaco  
Sevillanas del Espartaco - Siempre Sevilla - Maldito  
sea - Camaleón - etc., etc.,

**MARUJA TOMAS**

Lola Montes - Yedra - La Chiquita Piconera - Farolero  
Bebe y Bebe - La niña de la Ventera - Caravana - Doña  
Luz - ¿Qué te pasa, Trinia? - Te lo juro yo - ¡Ay,  
chumbera! - ¡Dios te ampare! - Súbenme a los caballitos  
¡Ay, mi Madrid! - etc., etc.,

Pronto, pronto:

**ACONTECIMIENTO**

El gran divo y popularísimo

**MARCOS REDONDO**

PEDIDOS A

Sociedad General Española de Librería - Barbadá 14 - 16. BARCELONA

EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - BARCELONA